

Trascripción de una de las cartas de María Eugenia Vaz Ferreira a Alberto Nin Frías. Año 1902.

“Mi estimado amigo: (Lea para Ud. solo)

He esperado ansiosamente el día de hoy pues creo deber y deseo darle una explicación de lo que pasó anoche. Ante todo tiene que saber que soy un ser desgraciadísimo por el motivo que menos se figura. Mamá a quien adoro, que me adora (creo) y que es lo único que tengo en la vida, es conmigo de una crueldad increíble. No sé si Ud. habrá oído hablar de una gran enfermedad nerviosa que hace que se mortifique y contraríe constantemente a la persona que más se quiere –esto le pasa a ella conmigo. Ahora tiene Ud. la clave de mi tristeza, del desconcierto de mi persona y mis cosas y el porqué siendo feliz en todo lo demás, he llegado a encontrar pésima la vida, hasta el punto de desear que se acabe. Vivo pendiente de ella y una mirada, una palabra suya cambia por completo mi estado de ánimo, de la más sana alegría al más grande pesar. Muchas veces, casi siempre, tengo la risa en los labios, y por dentro estoy desolada. Ya me he habituado a esto y nunca lo doy a conocer por cierto pudor moral y porque encuentro antipático provocar la conmiseración de la gente. Además tal vez no me creerán porque ella cuando quiere sabe ser dulcísima. Anoche, cuando Ud. vino, yo me asomé por uno de los cuartos interiores adonde acostumbro a desterrarme por horas y aún por días enteros; lo vi a Ud. y oí como mamá me negó. Se imagina cuánto habré sentido. Mamá está acostumbrada a que yo no la contraríe jamás cuando ella quiere algo, y hace como dos meses fue aceptado como pretendiente un amigo del fraterno, que según se opina, era un novio brillante: mamá estaba contenta, pero al cabo de este tiempo noté que yo no sentía por él lo que era necesario, y hace 5 o 6 días resolví terminar el asunto. Esto la tiene enojadísima. Afortunadamente he tenido desde niña hasta vieja un carácter firme y un alma fuerte para no dejarme imponer ciertas cosas, y he tenido una sinceridad de que me enorgullezco que no me ha permitido nunca engañarme a mí misma no al prójimo. En cambio, mamá me impone castigos primitivos, privándome de las personas y las cosas que me son gratas. Algunas de mis más queridas amigas han corrido la misma suerte que Ud., pero ellas son buenas y comprensivas y perdonan. Perdónela Ud. también. ¡Qué dirá Ud., habituado a los hogares tranquilos y dulces, de esta casi tragedia! Si no fuera porque le he encargado reserva, quisiera, para mayor aseveración, que Ud. hablase con la buenísima y querida Milka sobre esto, pues ella está enterada de mis luchas y tristezas del momento. Pero no lo haga porque sería raro.

No sé cómo tomará Ud. el modo apurado e ingenuo con que cuento estas cosas tan íntimas, tal vez le parecerá una irrespetuosidad filial, pero le repito que a muy pocas personas les hablo de esto y no le diría a Ud. nada de nada, si no fuera que la idea de que Ud. me vio anoche y puede atribuirme a mí aquella negativa tan ilógica e injusta me ha sacado de quicio y me ha hecho contarle todo.

No quiero cansarlo más, pero antes de concluir voy a pedirle un favor: y es que me mande en cuanto pueda, dos palabras, solo dos palabras diciéndome si ha comprendido todo –pero no me las dirija a casa ni a mí, sino a Srta. Ida Müller, calle

Buenos Aires 99- esta es una amiga como mi hermana. Yo sé que Ud. encontrará muy feos estos subterfugios; yo también los encuentro y es la primera vez en mi vida que los uso, pero es que no hay más remedio. Piense que lo que hago es en nombre de lo que hay de más serio y noble en nuestros corazones.

Disculpe a su amiga.

M. Eugenia V. F.

Si alguna vez nos encontramos en fiesta o cualquier parte y desea conversar, puede acercarse –y si quiere escribirme por algún interés literario, hágalo a casa y a mí, como siempre –y si nunca, nada más, nada más; pero lo de hoy sí, se lo ruego.

Yo espero que todo esto pasará pronto. Desearía mucho que Ud. rompiera esta carta.”

Al final aparece este texto unido a las palabras “como siempre” por una línea recta oblicua:

“pero haciéndose el creído que no me encontró en casa, y sin aludir a nada de esto.

Pobre amigo, que lata!

Adiós.”

En la parte superior izquierda del folio 1 aparece el siguiente texto:

“La que verdaderamente sufre en este mundo con paciencia sólo se prepara a ser feliz en otro.”

Trascripción extraída de:

BOTTERO, Mónica, PEYROU, Rosario, et al. *Mujeres Uruguayas: El lado Femenino de Nuestra Historia*, Montevideo, Editorial Extra Alfaguara, 1997, Págs. 209, 210.